

LLEGAS TARDE GILBERTO!

Gilberto era un niño de apenas 11 años de edad que, en su humilde vida, solo podía hacer lo que su imaginación le permitiera. Como a todo niño, a él le encantaba jugar y su juego preferido era el trompo, pero también jugaba al yoyo, con corozos, golosa, y le encantaba hacerse carros de balines. Aunque no todo era muy bueno, y lo que más le disgustaba era su pesado quehacer de todos los días: alimentar el ganado de su padre, lavar el potrero y ordeñar las vacas.

Pero un día sucedió algo diferente. Él se encontraba en la escuela, en recreo, y nadie quería jugar con él, así que se escondió detrás de los baños, y, para entretenerse, empezó a jugar con el trompo, y se divirtió y se divirtió, tanto que, como todo niño, el timbre de la escuela sonó, y él, metido en su mundo, divirtiéndose con su mejor juego, no escuchó. Después de un largo rato, volvió en sí, salió de su mundo y recordó la situación en la que se encontraba: escondido detrás de los baños, así que corrió y corrió por todo lugar, y se dio cuenta de que ya habían entrado a clase. Un poco apenado, entró en su salón; su profe se encontraba allí, furioso por la ausencia de Gilberto, no se pudo controlar y le dio unos muy fuertes reglazos. Todos se rieron de Gilberto, que, aparte del dolor, fue un gran objeto de burla, así que se ofendió y calló por el resto del día. Al final de las clases, Gilberto se encontró de nuevo con el profesor, el cual seguía enfadado, aunque ya menos y le dijo:

-Gilberto, ven acá.

Gilberto fue, despacioso, por miedo a ganarse otros fuertes reglazos, pero el profe molesto le dijo:

-Por ausentarte en clase, y tomarla como un recreo, tendrás un castigo.

Gilberto se entristeció, aparte de todas las tareas, tendría un castigo, no sabía cual era, pero no solo tenía que hacer las tareas, también tenía que hacer los pesados oficios de la casa, con su hermano Darío.

Pero antes de poder seguir lamentándose, el profe le dijo:

-Como el tema tratado en clase hoy, al que tú no asististe fue de gran importancia, tendrás que averiguar sobre el tema de las plantas y su sistema digestivo; y para que te quede claro deberás plantar una Araucaria en el parque del pueblo.

A Gilberto le molestó eso, era un largo y pesado trabajo solo para un fin de semana, y él no tenía la culpa, no había escuchado el timbre del colegio, porque ningún adulto podía entenderlo, por qué siempre los niños tienen que aguantarse a los aburridores adultos. Gilberto, molesto, dejó de pensar el tema y mejor se fue, ya tenía demasiado que hacer para seguir quejándose.

Unos minutos más tarde llegó a la casa, pero se encontró con otro problema: su madre estaba súper brava, había llegado muy tarde para hacer todos sus oficios, así que recibió unas buenas tundas de ella. Gilberto no pensó más y se fue a alimentar el ganado, a bañar los animales y a lavar el corral, aparte de ordeñar a las vacas.

Después de un largo rato, Gilberto se bañó en la quebrada y regresó a su casa. Había pasado mucho tiempo, ya se hacía de noche y sus hermanas habían hecho la comida y llamado a comer:

– ¡A comer! -Grito Adelfa.

– ¡A comer! -repitió Blanca.

Todos cenaron un buen plato de frijoles, y fueron a dormir, para al día siguiente poder levantarse temprano para ir a cazar una guagua.

En la mañana, Darío, Jorge, Manolo, Pastor y Víctor, sus hermanos, salieron de caza con su padre, y Gilberto se quedó en la casa, aprovecho el tiempo y salió hacia la pequeña biblioteca del pueblo a averiguar la digestión de las plantas. Allí abrió unos de esos aburridores libros en los que habían pocas imágenes ¿y letras?, claro, ¡como mil y aunque no tenía ánimos de leer, si no de ir a jugar con su trompo; se dispuso a hacerlo, porque no quería otro problema con su profesor. Pasaron una hora, dos horas, tres horas y Gilberto todavía seguía ahí, nadie sabía por qué, pero él sí, le había encantado el tema de la fotosíntesis y el de cómo las plantas fabricaban su propio alimento, pero cuando se dio cuenta de la hora, escribió el resumen de lo que leyó en su cuaderno y marchó.

El resto del día, no hizo más que pensar en las plantas, y como hacían su propio alimento, y como ocurría su reproducción, y...

Son indescriptibles sus pensamientos, pero tanto fue el ánimo e interés de Gilberto por las plantas que ese mismo día, fue a conseguir semillas de araucarias en el monte y traer una al parque principal del pueblo, y allí mismo la sembró. Todos los días Gilberto iba a ver, si hacía mucho sol, él protegía la semilla, por las mañanas le echaba agua, y por las tardes la observaba.

Esa planta le cambió la vida al triste parque del pueblo, a Gilberto y a todos los habitantes de allí.

Si tu le preguntabas a mi abuelo Gilberto, cuál era su color favorito, el decía: el verde, por las hojas del árbol de araucaria que sembré en mi pueblo.

Ahora que mi abuelo ha muerto, la araucaria también, por culpa de las mortales máquinas constructoras que la cortaron despiadadamente.

Basado en una historia real.

Tema: En la Universidad de los niños EAFIT investigamos sobre ¿cuáles son las diferentes historias de las cosas? Y nos basamos en la generación de donde provienen nuestros abuelos y la mía nació en un pequeño pueblo llamado Santuario...

Edad: 11 años